



Cardozo Uzcátegui, Alejandro; Luis Ricardo Dávila y Edgardo Mondolfi Gudat (eds). *Guerra Fría, Política, Petróleo y Lucha Armada: Venezuela en un mundo bipolar*. 2019. Bogotá: Editorial de la Universidad del Rosario, pp. 446.



N° 50

VÍCTOR M. MIJARES  
DEPARTAMENTO DE CIENCIA POLÍTICA  
DE LA UNIVERSIDAD DE LOS ANDES, COLOMBIA  
vm.mijares@uniandes.edu.co

Para la Ciencia Política en general, y para las Relaciones Internacionales en particular, ningún periodo histórico ha sido tan definitorio como el de Guerra Fría. La bipolaridad entre las dos superpotencias motorizó la búsqueda de nuevas formas de entender la naturaleza y evolución de los conflictos armados, las dinámicas regionales y los efectos tangibles de herramientas políticas intangibles como la propaganda y otras formas de difusión ideológica. Para Venezuela, por su parte, la Guerra Fría coincidió con los procesos y el auge de la democracia, así como con su caída. Aunque generalmente ocurra, nos resulta evidente que la historia política contemporánea de Venezuela termina siendo indescifrable si omitimos esa macro-condición causal internacional. Ello se hace más claro aun cuando reconocemos el carácter de petroestado de ese país y su inevitable dependencia a los mercados y dinámicas geopolíticas mundiales.

Es de allí que la obra que escriben y editan Alejandro Cardozo Uzcátegui, Luis Ricardo Dávila y Edgardo Mondolfi Gudat sea una nueva referencia ineludible para los estudios venezolanos desde la Historia, pero

sobre todo desde la Ciencia Política y las Relaciones Internacionales. El esfuerzo coordinado por Cardozo, Dávila y Mondolfi es una de las pocas piezas de investigación sobre Venezuela que tienen como eje la Guerra Fría. El libro se inserta en la ola de trabajos académicos que, alrededor del mundo, retoman el periodo bipolar desde una prudente pero no ajena distancia. Es además un ensayo de historia global y del tiempo presente claramente localizado, lo que le enmarca en el cada vez más relevante rótulo de los Estudios Globales y Regionales, con una necesaria interdependencia entre ambos niveles de análisis. Este libro contribuye en la construcción de un potencialmente prolífico nicho de investigación para científicos sociales dedicados al estudio de Venezuela.

Los nueve capítulos que componen la obra siguen casi todos una trayectoria definida en el primero de ellos, a cargo de Alejandro Cardozo Uzcátegui. La tónica implícita a lo largo del libro resuena familiarmente tanto para politólogos internacionales como para historiadores de las relaciones internacionales: las tensiones entre lo material y lo simbólico. En ese sentido, *Guerra Fría, política, petróleo y lucha armada...* aporta una explicación amplia y multidimensional de Venezuela en la bipolaridad, mientras se inserta en uno de los debates mejor conocidos de las ciencias sociales. Las líneas que dibuja el primer capítulo, “La Guerra Fría en el marco de una epistemología de la historia contemporánea de Venezuela” (pp.1-29), nos invita a pensar en la bipolaridad como esa condición causal de los fenómenos políticos venezolanos. Sin arrebatarnos agencia a los actores individuales y colectivos nacionales, Cardozo nos recuerda la imperiosa necesidad de contextualizar esos fenómenos internos con referencia a una lucha global de escalas inéditas. Si bien ese primer capítulo nos sugiere con fuerza que la Guerra Fría estuvo marcada por rasgos propios de una lucha cultural, el texto también se caracteriza por destellos de estructuralismo materialista, como las referencias al “Sistema Mundo” o, más contundentemente, al decirnos que:

“la historia de este conflicto [la Guerra Fría] habría que afinarla, enfocarla delante de varios prismas. Por un lado y precisamente como la historia y el análisis del conflicto que hubo entre dos superpotencias que patentaban cada cual una praxis política, basada en un credo ideológico, sustentando una práctica económica que *en el fondo era solo la búsqueda de zonas de influencia, satélites aliados y mercados extendidos y asegurados*, como una suerte de convivencia imperialista.” (p. 8). El subrayado es propio.



Nº 50

Esta firme aseveración encaja no sólo en la historiografía imperialista, sino que además podría perfectamente entablar un diálogo amistoso con el realismo ofensivo de la Teoría de las Relaciones Internacionales. El empalme de este capítulo introductorio es natural con el siguiente, escrito por Luis Ricardo Dávila y titulado “*Pax americana: Guerra Fría y la izquierda cultural venezolana (1959-1964)*” (pp. 31-114). Pero si bien el empalme es natural, no por ello está exento de tensiones. El primer y el segundo capítulos tratan aspectos y niveles de análisis distintos, pero coinciden en el carácter de lucha ideológica que tuvo la Guerra Fría. No obstante, la tensión se halla en el énfasis que Dávila imprime en el hecho de que en Venezuela la lucha tuvo como principal escenario la contracultura. El autor nos señala con evidencias que en el campo de las humanidades, y especialmente en el literario, la izquierda venezolana encontró un espacio seguro y fértil para irradiar su influencia intelectual e incidir en los movimientos armados, a una segura distancia. Dávila ilustra su argumento parafraseando a Clausewitz al referirse a la Guerra Fría como “un conflicto por otros medios”. (p. 35). Para la izquierda cultural venezolana esos otros medios fueron simbólicos, a partir de reinterpretaciones y resignificaciones de la lucha foquista inspirada en un año base de referencia para América latina, pero muy especialmente para Venezuela: 1959. Así, el paralelismo entre la transición venezolana y la revolución cubana se tradujo en discursos indefectiblemente destinados a colisionar, y siendo parte de una lucha histórica mayor entre dos potencias representantes de dos fuerzas morales opuestas.

La continuidad entre el segundo capítulo y el siguiente vuelve a ser natural, encontrando su punto de unión en una concepción que flota en el libro, la de “Guerra Fría intelectual”. En este tercer capítulo, titulado “Miradas desde la Guerra Fría: Estados Unidos en los trazos de Carlos Rangel y Eduardo Galeano” (pp. 115-153), escrito por Jessica Guillén, da cuenta de esa tensión intelectual destacando y oponiendo las obras del venezolano Carlos Rangel y el uruguayo Eduardo Galeano. La comparación gira en torno a la relación de América Latina con los Estados Unidos, entendiendo esta relación tanto en el sentido bilateral, como en cuanto trayectorias de desarrollo relativas. Este capítulo comienza a diferenciarse de los anteriores por su mayor grado de especificidad y por explotar explícitamente lo que podría ser uno de los principales argumentos del libro.

El cuarto capítulo está bajo la autoría de Mondolfi Gudat y en éste volvemos a encontrar una fuerte relación con el segundo capítulo, de Dávila. Titulado “Guerrilla y Golpes publicitarios” (pp. 155-216), retoma las tensiones entre lo material y lo simbólico, que ya habría dejado ver



Nº 50

REVISTA DE HISTORIA. Año 25, Julio-Diciembre, 2020



N° 50

REVISTA DE HISTORIA. Año 25, Julio-Diciembre, 2020

Cardozo, mostrándose con una mirada desde el oficio del historiador al dar cuenta de lo que podríamos resumir como ineficacia táctica y estratégica, pero efectividad propagandística de la lucha armada en Venezuela. Al igual que el capítulo escrito por Guillén, el de Mondolfi parte de casos concretos, aunque con marcada materialidad. A partir de los levantamientos producidos entre 1962 y 1963 contra el gobierno de Rómulo Betancourt, el autor muestra cómo las acciones insurgentes tuvieron poco efecto práctico en su dirección hacia el cambio de régimen, siendo pálidos reflejos del logro revolucionario cubano que les inspiraba e impulsaba. No obstante, el carácter propagandístico fue notable al lograr amplio centimetroraje de prensa, sin descartar que hayan ayudado a construir un mito fundacional épico para las siguientes generaciones de políticos en la izquierda venezolana.

En la lectura de este libro recomendaría pasar del cuarto al séptimo capítulo, “Disputándose a Venezuela. La Alianza para el Progreso y la guerrilla en tiempos de Rómulo Betancourt” (pp. 301-366), escrito por Gustavo E. Salcedo Ávila, por la relación estrecha entre ellos. Podrían incluso estar en orden inverso, en tanto el trabajo de Salcedo sirve como marco de historia internacional, hemisférica, para abordar la insurgencia venezolana. El capítulo es el primero en hablarnos desde la lógica propia de los estudios de Ciencia Política y Relaciones Internacionales, en tanto podríamos resumir su argumento principal como uno referido a la hegemonía regional por vía de cooptación. Salcedo nos habla de una relación causal entre revolución cubana, transición venezolana y Alianza para el Progreso de una forma que reconstruye una teoría sobre la política exterior de los Estados Unidos bajo la administración Kennedy. Las oportunidades de un nuevo marco de relación hemisférica las ofrecían gobiernos como el de Rómulo Betancourt, en oposición a Fidel Castro y en abierta lucha contrainsurgente en Venezuela. Si el capítulo de Mondolfi nos presenta la dimensión simbólica interna de la lucha armada, el trabajo de Salcedo nos brinda la explicación internacional y las condiciones de la inserción plena de Venezuela en la Guerra Fría. Esta misma explicación podría replicarse en el caso colombiano, dadas condiciones y los paralelismos en la relación Kennedy-Betancourt y Kennedy-Lleras Camargo.

Volviendo al orden del libro, el quinto capítulo, “Cultura Política y Guerra Fría en Venezuela. La Impronta de la Guerra Fría en los partidos políticos venezolanos” (pp. 217-273), de Alejandro Cardozo, retoma una explicación estructural-sistémica para explicar los cambios en los partidos políticos venezolanos. La explicación que ofrece Cardozo va a contrapelo de la mayor parte de los trabajos sobre cambios en la cultura política partidista

venezolana, al menos en dos sentidos. El primero, parece entender “cultura política” no como identidad intrínseca, sino como prácticos productos del contexto. Y el segundo, considera que ese contexto va más allá de las fronteras nacionales, con lo cual el libro no sólo inserta a Venezuela en la Guerra Fría por vía de la lucha armada, como lo hace Salcedo, sino que además la involucra a través de la exposición externa de su sistema de partidos. De manera implícita, el capítulo nos recuerda algo frecuentemente olvidado por la Ciencia Política en América Latina, que los procesos políticos internos comúnmente se hayan vinculados a procesos externos de mayor envergadura.

El texto de Catalina Banko, “Rentra petrolera o la maldición de los recursos: petróleo, rentismo y Guerra Fría” (pp. 275-308), sigue la senda de la explicación de fenómenos domésticos a partir de procesos externos. No podía ser de otra forma en tanto este, el capítulo sexto, aborda un tema crucial para el petroestado venezolano. Banko nos presenta una teoría tan simple como contundente, y es que el destino de Venezuela estuvo (y está) indefectiblemente ligado a la propiedad y eficacia de la industria petrolera. La autora pone de manifiesto cómo las fluctuaciones petroleras internacionales durante la Guerra Fría condicionaron fuertemente al nacionalismo petrolero, la estatización de la industria y los esfuerzos por recobrar la eficiencia por vía de la re-participación de privados. En consecuencia, Banko nos explica cómo el mercado mundial de combustibles fósiles tuvo efectos favorables y desfavorables sobre la institucionalidad del Estado y la democracia venezolana mediante la aplicación de la tesis de la maldición de los recursos y la paradoja de la abundancia.

El octavo capítulo, a cargo de Guillermo Guzmán Mirabal, titulado “Guayana Esequiba: una reclamación atrapada en el laberinto de la Guerra Fría (1962-1969)” (pp. 367-400), da cuenta documental de las tensiones diplomáticas a raíz de las aspiraciones venezolanas por recuperar el territorio al oeste del río Esequibo. Además de la documentación, el capítulo puede ser interesante visto desde una perspectiva metodológica de comparación diacrónica o, incluso, como experimento natural en Relaciones Internacionales. Esto por el hecho de abordar un periodo que rodea temporalmente a la independencia de la República Cooperativa de Guyana en 1966. Así, el trabajo de Guzmán nos permite ver dos procesos: uno de cambio y continuidad de la política exterior de Venezuela en su reclamo, primero hacia el Reino Unido y luego hacia la joven Guyana; y otro referido a los costos asumidos por Venezuela y su democracia en el esfuerzo por promover mecanismos pacíficos de solución de controversias en el hemisferio.



Nº 50

REVISTA DE HISTORIA. Año 25, Julio-Diciembre, 2020

El último capítulo, “Venezuela: equipamiento militar en la Guerra Fría (1947-1991)”, a cargo de Carlos E. Hernández González, se decanta por una explicación sistémico-estructural en línea con los capítulos de Cardozo y Banko. Hernández ofrece un completo inventario del armamento venezolano y sus orígenes, lo que permite recrear un mapa de relaciones estratégicas sugerente con respecto a la diplomacia de defensa durante la Guerra Fría. Pero además, el inventario viene acompañado por explicaciones causales específicas que dan cuenta del interés de las potencias occidentales, y muy especialmente de la OTAN y los Estados Unidos, en dotar a la democracia más próspera de la región de un arsenal capaz de satisfacer sus demandas internas y sus necesidades frente a rivalidades exteriores, fundamentalmente frente a las impredecibles dinámicas internas colombianas.

Este libro abre nuevos caminos de investigación sobre la Guerra Fría en Venezuela, pero también en América Latina. Si bien no está escrito sobre la base de tesis o argumentos explícitamente elaborados desde o para las Relaciones Internacionales, la utilidad de sus abordajes para esta disciplina resulta evidente para un criterio entrenado en ella, pudiendo servir de base para el desarrollo de explicaciones específicas sobre la política exterior y de defensa de un petroestado y potencia sub-regional en un marco de rivalidad sistémica.



Nº 50